

EL IRIS

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PEREZ,
SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

ARTICULO 10.º (1).

A pesar del secreto con que procediera el Santo Oficio al verificar la prision, habia logrado Antonio Perez despachar dos de sus criados á D. Diego de Heredia, baron de Bárboles, al conde de Aranda y á otros principales caballeros. Tiempo hacia que se hallaban todos unidos por misteriosos lazos. Habíaes congado el ministro lo sucedido con D. Bernardo de Castro y D. Antonio Gamir, en cuyas causas triunfaran los fueros con ra el poder de la Inquisicion; habíaes persuadido del peligro que iban corriendo las antiguas leyes del reino con su fortuna, puesto que violadas una vez para prender á un manifestado, quedaban rotas para siempre las garantías de la aristocrácia aragonesa. En varias y secretas entrevistas, con-

viniéronse al fin en deshacerse á toda costa del marques de Almenara, pues muerto este general, no habria persona que se atreviese á exigir en nombre del rey la facultad de nombrar á un estrangero para el virreinato de Aragon.

En un momento cundió por toda la ciudad la alarmante noticia: formábanse grupos, preguntándose si era cierta la prision de Antonio Perez; y al saber que se hallaba en la carcel del Santo Oficio, sonaban alaridos y amenazas. Las plazas públicas y las calles estaban inundadas de gente de siniestras miradas y torvas cataduras que gesticulaban con vehemencia señalando el camino que llevaba á la inquisicion. «¡Viva la patria! ¡vivan los fueros!» se escuchaba de cuando en cuando salir del centro de un corrillo, y el eco repetia las aclamaciones por los confines de la ciudad.—Tres caballeros se presentaron ante los amotinados y arrastraron buena parte al palacio de la diputacion aragonesa: el Justicia mayor, D. Juan de La Nuza estaba allí con sus lugar-tenientes. Entraron algunos comisionados quejándose en nombre del pueblo de la tropelía

Madrid 13 de junio de 1841.

(1) Véanse los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, y 18.

cometida con Antonio Perez, y exigiendo que se reclamase sin demora el contrafuero por haber estraido dos acusados de la cárcel de la Manifestacion. Tanto el justicia como los diputados se negaron á ser instrumentos del tumulto, asegurando que el reo habia sido entregado legítimamente al Santo Oficio: las imprecaciones, las amenazas resonaron estrepitosamente con nueva violencia, y el motin, cada vez mas aumentado con los curiosos y estudiantes, se dirigió presurosamente á la Aljafería.

«¡Traicion! ¡traicion! viva la libertad!» clamaban á la puerta de la fortaleza. Amenazaban los insurreccionados sacar por fuerza á los presos si inmediatamente no se los entregaban. «¡Antonio Perez! ¡Antonio Perez!» gritaban frenéticamente los grupos acaudillados por Gil de Mesa en las cercanías. Subieron algunos ciudadanos á ver á los inquisidores para evitar escándalos y sangre, pero nada pudieron conseguir con sus intimaciones. Acudieron los condes de Aranda y de Morata que eran muy queridos del pueblo: recibieron los levantados con vítores, pero al pretender calmar la efervescencia del motin, desatendieron su voz, gritando que iban á poner fuego al palacio y á quemar á los inquisidores si no entregaban á los prisioneros inmediatamente. Infructuosas fueron tambien las súplicas del obispo de Teruel, y mientras estos personajes subian al salon del

tribunal para arreglar el negocio, mas de tres mil hombres se reunian para realizar la terrible amenaza del incendio.—Eran inquisidores de Zaragoza D. Juan Hurtado de Mendoza y D. Alonso Molina de Medrano: sin alterarse por los gritos y por el fuego, resistieron á las instancias de los intercesores: pero, arreciando por momentos el peligro y teniendo en cuenta los ruegos del Virrey que se presentó en persona, resolvieron á entregarlos. Molina hasta el último momento se negaba á ceder, prefiriendo enterrarse bajo las ruinas del castillo. Al fin dió un decreto el tribunal, asignando á Antonio Perez y á Juan Francisco Mayorini la carcel de la Manifestacion para su custodia, aunque sin libertarlos de su jurisdiccion especial. La transacion de los reos fué confiada al virrey-obispo y al conde de Aranda.

Apenas apareció Antonio Perez en el umbral de la Aljafería cuando empezaron los saludos, los vítores y los clamores. Rodeado de gente alborozada el coche que lo conducia, su tránsito hasta la plaza fué una continua ovacion. Tomábanle las manos, apretábenselas con protestas de cariño y hacian resonar su nombre entre los vivas á la libertad. Llegado que hubo á la Manifestacion, subió el ministro á uno de los balcones principales y, quitándose la gorra y poniendo la mano en su pecho, saludó repetidas veces á los corrillos que lo aclamaban.

De pié sobre uno de los escalones de la cárcel, encendido el rostro por la indignacion y agitando sus brazos con vehemencia, arengaba entretanto un orador al pueblo conmovido. Llamábase Gil Gonzalez, estudiante en derecho civil y entusiasta admirador de Antonio Perez. Declamando contra el marques de Almenára, pintábale como un extranjero intrigante y falaz, como un agente cruel de Felipe II y escitaba á sus oyentes para quitar de enmedio su persona. A cada frase de su ardiente discurso resonaban las imprecaciones del populacho: agitábanse las pasiones del exaltado auditorio apiñado junto al arco de Toledo, y cuando bajó el tribuno de su improvisado foro, corrió por los ecos de la cárcel un prolongado y amenazador murmullo.

Adelantóse entonces á sustituirle un zapatero llamado Gaspar de Burces que con acento trémulo y conmovido anunció á la plebe el peligro de su hermano preso en el palacio del marqués y espuesto á sufrir secretamente garrote: aseguró que, en mengua de los fueros, no quiso el magnate manifestarlo al Justicia, y aquella misma mañana, cuando fuera á enseñarle el vergüero ó lictor del tribunal nuevas letras de manifestacion, no se habia dignado recibirle, permitiendo que su gente lo escalabrara con ladrillos desde las ventanas. «¡Muera el marqués! ¡viva la libertad! gritaron á una voz los concurrentes, y divi-

diéndose en grupos distintos, marcharon los unos á reclamar el contrafuero del Justicia, y se precipitaron los otros sobre la casa de enfrente ocupada por un piquete de tropas del rey. Apenas tuvo tiempo la guardia de huir por los tejados: los amotinados la ocuparon inmediatamente, destruyendo cuanto encontraban. Caian en monton por las ventanas las camas, las sillas, las ropas de mas valor: rompíanse en las piedras de la plaza las pipas de vino, las tinajas de aceite de las bodegas, sin que se atreviese á utilizarlas aquella gente hambrienta y desmandada. Parecia que la peste lo habia infestado todo: un pícaro desarrapado, cubierto de harapos y miseria, alcanzó un jubon nuevo bordado de oro, y considerándolo atentamente, «yo no me he de vestir vestidos de traidores,» dijo, é hizo pedazos la tela con su puñal.

Entretanto porfiaba el Justicia con la plebe irritada que reclamaba entre amenazas y clamores la esposicion del contrafuero; pero conociendo al fin que no podia contener el impulso de tal exasperacion, salió del tribunal acompañado de tres lugar-tenientes y de sus hijos para dar auxilio al marqués. Oyó desde lejos los ahullidos de la turba que, saqueada la casa del piquete, se dirijia al palacio de Almenára, y apresurando el paso, logró entrar por una puerta falsa con sus co-jueces, dejando á sus hijos y á otros varios caballeros en la calle. Halló tranquilo al

magnáte en su habitacion, y ponderándole lo recio del peligro y la premura del tiempo, instábale para que montase á caballo y saliese de Zaragoza, pues dentro de algunos momentos sería imposible. «Yo huir, dijo el caballeresco marqués; no he oído decir que jamás ninguno de mi linage haya vuelto las espaldas:» y despreciando las súplicas de sus amigos y allegados, llamó á un escudero que le ciñese el peto; y cogiendo su espada, aguardó tranquilamente su fortuna.

Redoblaba el estrépito y acercábanse los alaridos: un grito universal de furia resonó de repente: era que un negro borracho del inquisidor Morejon, se habia escapado por un postigo de la Aljafería, armado de estoque y rodela clamando en descompasadas voces: «¡Viva el marqués! ¡viva Castilla!» En su ceguedad fué á caer en medio de la multitud que lo hizo inmediatamente pedazos. Arreciaba el tumulto junto á la casa sin que nada bastase á contenerlo: entre el ruido dejáronse oír fuertes golpes en la puerta que al fin vino al suelo con fragor terrible: los amotinados habian sacado una viga enorme del colejio de San Vicente que estaba próximo; y á su bien calculado empuje habia cedido la entrada. Inundaba ya la plebe las habitaciones exteriores en busca del extranjero aborrecido, y en conflicto tal, los lugar-tenientes del Justicia prendieron al marqués, para que, amparada por las leyes, fuese

respetada su persona. ¡Paso! ¡paso! gritó el anciano La-Nuza, y al tocar la calle, pidió auxilio á los presentes en nombre de Aragon: al punto sus dos hijos y varios otros caballeros tiraron de las espadas y rodeando al marqués lo cubrieron con sus cuerpos, conteniendo á los grupos que los seguian con gesto amenazador y desaforados gritos. Apenas podian andar: al Justicia, en razon de su edad avanzada, no le fué dado resistir mucho, y cayendo al suelo fué atropellado y pisoteado por la muchedumbre, sin lograr incorporarse en largo rato: auxiliado al fin por algunos vecinos consiguió levantarse y marchar á su casa en una mula, porque las contusiones y el cansancio le impedian el uso de sus miembros.

Caminaba entretanto la reducida escolta del marqués por entre las olas populares cada vez mas agitadas. Al llegar á la puerta de la Séo acudió Gil Gonzalez con su cuadrilla, animándola con palabras y gestos; arrolló en un momento á los acompañantes, y acercándose al de Almenara le dió dos cuchilladas en la cabeza: iba á acabarle allí mismo; pero el lugar-teniente Micer Torralva púsose por delante, y cubriéndole con su cuerpo, logró reorganizar la atropellada guardia. No pudo sin embargo impedir que alcanzasen al prisionero algunos palos y mojicones y piedras entre los ultrajes mas provocativos. Lograron al fin con mucho trabajo alcanzar la cárcel

pública: allí el marqués de Almenara que permaneciera impávido en el peligro, se rindió á la calentura; y á los catorce días, acabó su existencia, mas que por la gravedad de sus heridas, por el dolor que las injurias le causaron.

La noche apagó los últimos ecos del tumulto, y á favor de sus sombras huyeron á Madrid todos los partidarios del marques, cuantos temian ser envueltos en el odio que le profesaba el pueblo. Los inquisidores enviaron un posta con pliegos al cardenal Quiroga, y pasaron á sus comisarios cartas exhortatorias, manifestando que no habian violado la cárcel de la Manifestacion, sino recibido las personas entregadas por los jueces del fuero; al mismo tiempo publicaban por circular la bula de San Pio V de 1.º de abril de 1569 contra los impedientes del Santo Oficio, para que los incurso en sus censuras acudiesen voluntariamente á pedir absolucion declarándose culpados.—Arreglábase mientras tanto el proceso contra Antonio Perez para proseguirlo en tiempo oportuno. Solo resultaban hasta entonces, como cargos efectivos é importantes, cuatro proposiciones que declaraban haber oido su antiguo criado Diego Bustamante y un catédrico de lengua latina que le visitaba con frecuencia: llamábase Juan de Basante y fingiendo tomar parte en las aflicciones del prisionero, era un espía del Santo Oficio y del regente

de la audiencia de Aragon. Las proposiciones inculpadas, aun suponiéndolas verdaderas, solo probaban la exasperacion del sufrimiento, los arrebatos de la tristeza y de las pasiones: el consejo de la Inquisicion comisionó para su examen á fray Diego de Chaves, confesor del rey, y acorde con su parecer, las calificó de heréticas, escandalosas y blasfematorias. Los crímenes de Juan Francisco Mayorini eran dos juramentos obscenos en italiano, invocando para escarnecerlo el nombre de la divinidad.

La Diputacion permanente del reino que era, por decirlo asi, el cuerpo encargado de la defensa de la constitucion política, temió que se le imputase complicidad ó negligencia en los sucesos de 24 de mayo; y para salvar su responsabilidad, declaró que, no teniendo poder judicial ni ejecutivo, no estuvo en su mano impedir la conmocion que habia alborotado á Zaragoza. Para precaverse mas, nombró una junta de jurisconsultos compuesta de cuatro individuos, que con maduro examen decidiesen si era ó no contraria á los fueros la entrega de los presos de la Manifestacion. Prevalció la afirmativa y, para apoyar su acuerdo, espusieron que la entrega anulaba los privilegios que la Manifestacion concedia. Los manifestados no podian, segun fuero, sufrir tórmento; ni respondidos los cargos, permanecer en la prision si daban caucion juratoria; ni sufrir

un proceso con indeterminadas dilaciones: estas garantías no tenían fuerza alguna contra el poder de la Inquisición. El parecer de los abogados, al paso que daba en tierra con las pretensiones del Santo Oficio, envolvía implícitamente una censura contra el Justicia mayor del reino, puesto que con su consentimiento y permiso fueron estraidos los manifestados de su cárcel. Inquisidores, arzobispo, virrey, gobernador y justicia calificaron de precipitada é irreflexiva esta consulta. Entonces algunos miembros de la diputacion permanente protestaron contra la decision del acuerdo, esponiendo que era muy corto el número de cuatro jurisconsultos para resolver una cuestion en que se rozaban los derechos del Santo Oficio y los del rey. Nombráronse en consecuencia nueve letrados mas para la decision definitiva: el parecer de la mayoría habia de ser la resolucion. Satisfechos todos con este término medio, aguardaron la determinacion de la junta de los trece. Su fallo fué favorable á las prerogativas de la inquisición; opinaban que si los inquisidores volvian á pedir los presos, exhortando al justicia para que suspendiera los efectos de la manifestacion, mientras el Santo Oficio seguia la causa de fé, se le debian entregar por no ser opuesto á los fueros del pais.

Ganado este punto por los oficiales del rey, empezaron á preparar los ánimos de diputados y

lugar-tenientes, bastante trabajados ya por el terror que el nombre de Felipe les infundía. D. Diego de Bobadilla, conde de Chinchon, se entendía desde la capital con su hermano el arzobispo de Zaragoza, y por este conducto guardaba la corte relaciones secretas con muchos señores y autoridades del reino aragonés. Los partidarios del marqués de Almenara fueron examinados en Madrid y atribuyeron el origen y fomento del tumulto de 24 de mayo á los condes de Aranda y de Morata, á los barones de Biescas, de Barboles, de Purroy y de la Laguna.

Tampoco en su prision se descuidaba Antonio Perez. Algo mas abandonado por los señores, era querido y aplaudido por el pueblo que paseaba las ventanas para saludarle. Correspondía á estos obsequios con graciosas lisonjas, con agradecimiento cortesano, y sus palabras repetidas y comentadas luego en los corrillos de la plaza, interesaban poderosamente en su favor. El anciano Justicia, antes querido y odiado luego desde la entrega del prisionero, no pasaba por el mercado sin que le insultasen los rufianes y vendedoras con escándalos, gritos y maldiciones. —Una frutera que vendía su pobre caudal bajo las ventanas de Perez, llena de andrajos y cargada de hijos, dió en proveerle de fruta cada dia, porque el orgulloso ministro no tenía ya otro patrimo-

nio que las limosnas del pueblo. Pareciéndole tal vez escasa su caridad, acercóse una mañana á darle su platillo acostumbrado, escondiendo disimuladamente debajo de la fruta diez reales que encontró luego el ministro con harta admiracion de semejante obra.—Señoras de elevado rango le enviaban tambien telas y viandas y labores: los barones de Barboles, de Biescas y de Purroy le visitaban incesantemente, defendiendo su causa como propia; y á medida que iba ganando el rey terreno en la alta aristocracia y en las clases pacíficas, se ensañaba mas el populacho, dirigido por algunos señores y caballeros, contra los que intentaban sujetarle á esperar con calma el fallo de los tribunales que competían.

Las plazas y sitios públicos aparecían por la mañana llenos de pasquines y de proclamas: publicábanse y corrían de mano en mano los dictámenes de letrados que se oponían á la entrega: acudían de los pueblos vecinos hombres desconocidos, rufianes y vagamundos atraídos por la agitacion que reinaba en Zaragoza.—Antonio Perez representó á la Diputacion manifestando su estado, y asegurando que su causa era la causa de las leyes, porque, atropellada su persona caían en tierra los venerandos fueros del pais. Esta esposicion no tuvo resultado: resolvióse con el mayor secreto que los inquisidores pidieran los presos con nuevos exortos en que se

abstuviesen de mandatos y amenazas, no anulando sino suspendiendo los efectos de la manifestacion. Como si nada supiese de lo pasado en 24 de Mayo, escribió el rey cartas lisongeras y agradables al duque de Villahermosa, á los condes de Aranda, de Morata y de Sástago, escitándoles á prestar por sí mismos y por sus adheridos y parientes los auxilios oportunos al virrey de Aragon y demas autoridades legítimas en el caso de ser requeridos; asegurándoles que era su intencion castigar á los que quebrantaban los fueros socolor de conservarlos.

No fueron tan secretos estos pasos que no llegasen á oídos de Antonio Perez; y conociendo hartó bien el mundo y la constancia humana, comprendiendo que tarde ó temprano habia de sucumbir en la lucha contra el rey, proporcionóse limas y preparó todo para la fuga. Su falso cómplice, su pérfido amigo Juan de Basante reveló su intento pocas horas antes de la ejecucion.

Dispusieron las autoridades la translacion de los presos para el 20 de agosto, segun se acordó en una junta en casa del Virrey á que asistieron los inquisidores, el arzobispo, la diputacion del reino, el ayuntamiento de la ciudad, el gobernador, el duque de Villahermosa, con otros muchos condes, barones, señores y caballeros. Acudieron los títulos con la gente de armas que se les pidió, vinieron refuerzos de solda-

dos, cubriéronse las calles de tropas, de máquinas de guerra, de banderas y atambores. En tal concierto y á punto de ejecucion la empresa, suspendióse á instancias del gobernador D. Ramon Cerdan, capitán veterano de las guerras de Flandes y hechura del marqués de Almenara, por no haber recibido aun avisos competentes de Madrid. Cuando se supo esta demora en la corte, mandóse con un posta la orden de proceder inmediatamente á la entrega; y ofendidos por algunas expresiones equívocas, los señores aragoneses, para vindicar su reputacion, dieron un memorial al virrey manifestando su obediencia á las órdenes superiores, demostrando que habian hecho mas de lo que se les habia pedido, y ofreciendo nuevamente sus hombres de armas y sus personas. Concertóse entonces que la entrega y translacion de los presos se dejasen para el 24 de setiembre. —Preparóse con esto movimiento de tropas para sostener á las autoridades: Antonio Perez y los suyos se apercibieron á la resistencia. — Y entretanto, agoviado por los años y por recientes disgustos, falleció el Justicia mayor de Aragon, entrando á sucederle en su empleo y bajo tan tristes auspicios su hijo primogénito llamado, como su padre, D. Juan de La-Nuza.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

UNA VISITA NOCTURNA

(Por Madama Genlis.)

.....El buen eclesiástico me dijo que debía ir por la noche á casa de uno de los asesinos de setiembre que estaba agonizando y daba señales de arrepentimiento, de que queria aprovecharse su muger que siempre habia detestado sus crímenes. Yo le rogué que me llevase en su compañía á fin de defenderlo en caso de necesidad; bien entrada la noche me puse en los bolsillos dos pistolas cargadas con bala, tomé un baston de estoque y me fuí á buscar á mi amigo. Las diez estaban dando en el momento en que nosotros llamábamos á la puerta de una casa antigua de la calle de Gerad-Boquet; un momento despues sentí los pasos de una muger que por su desigual modo de pisar conocí que era coja; abrieron y entramos: una muger en efecto de figura asquerosa y cuya fisonomia me pareció siniestra, cerró la puerta, y nos hallamos en una escalera angosta y tortuosa alumbrados por la escasa luz de una palmatoria que nuestra guia llevaba en la mano.

Confieso que en aquel momento tube miedo; me puse delante de mi compañero que solo pensaba en Dios y metí mano á los bolsillos para prevenir las pistolas.... Llegamos al segundo piso y entramos en una pieza amueblada de una manera estravagante; estaba sembrado de papel el suelo, y al lado de una sillera vieja súcia y ordinaria, habia una magnífica mesa de marmol, un juego de café de china y un reloj del mejor gusto colocado sobre la chimenea; me

figuré que estas alhajas que tan mal se avenían con el resto de la casa, serían despojos de algun emigrado. Una niña estaba sentada en un rincón llorando; yo no sé porqué su vista me tranquilizó un poco. La muger acercándose á mí me dijo: «Ciudadano, hazme el gusto de permanecer aquí,» y dirigiéndose á una puerta vidriera, invitó de un modo misterioso al sacerdote á que la siguiera. Como yo no habia ido mas que á proteger á mi amigo, no quise separarme de él. Nuestra conductora nos introdujo en una alcoba donde se nos ofreció á la vista el objeto mas imponente: un hombre flaco y descarnado y cuya figura era atroz estaba tendido en la cama; en su acceso de rabia, habia arrojado el gorro de dormir y se le veían los cabellos negros erizados en la cabeza; su aspecto revelaba sus crímenes é inspiraba horror; su camisa y sus brazos estaban llenos de sangre. Tal y como lo habian visto cuando los asesinatos de setiembre, de la misma manera aguardaba su última hora furioso y ensangrentado. Su muger le anunció el arribo de mi respetable compañero y entonces el moribundo se estremeció; extendió los brazos y exclamó con una voz sepulcral: «¡Aléjate, aléjate!... Para mí no puede haber misericordia.... Este brazo ha asesinado á mas de noventa sacerdotes!..... Y bien, hijo mio, replicó el buen eclesiástico con la mayor dulzura, bendice, dá gracias al Todo-Poderoso que ha salvado uno para que te absuelva!»

A estas palabras sublimes, el furor de aquel miserable se disipa, su brazo cae, su fisonomía cambia de aspecto y sus ojos llenos de lágrimas se dirigen al cielo. El santo varón, digno ministro del Dios de clemencia y de paz, se precipita en la cama de este miserable, lo eoje en sus brazos, lo estrecha en ellos, y con las mas tiernas exhortaciones, hace descender del cielo á su alma empedernida, el arrepentimiento y la esperanza!... El moribundo con las manos juntas y los ojos cerrados, parecia estar orando con el mas

ardiente fervor. Las lágrimas inundaron mi rostro; conocí que iba á confesarse y me salí á la pieza inmediata. Al cabo de media hora el sacerdote vino á reunirse conmigo, y apretándome la mano me dijo en un tono penetrante: «Estoy satisfecho: admirad, añadió, la misericordia divina! Si este hombre volviese á la vida, el mundo seria para siempre inexorable con él, y unos cuantos minutos le han reconciliado con el cielo. Hay crímenes que nada basta á espiar á los ojos de los hombres y que un instante puede borrar en la eternidad.»

Salimos de esta casa á media noche, lleno de gozo mi compañero por el triunfo que habia logrado, y yo por verme en la calle sano y salvo.

Escenas

DE LA GUERRA CIVIL. (1)

II.

LA NOCHE.

¿Qué importa que en un rincón de nuestro oscuro planeta, la delirante ambición haga á su trono escalon cada crimen que cometa?

Si por mas que el hombre sueña en poder, valor, constancia, todo en el mundo le enseña que es su fuerza tan pequeña como grande su arrogancia!

(1) Véase el número anterior.)

Lidiad, soldados valientes,
la corta vida abreviad:
¿Cuando adorne vuestras frentes
el laurel, ¿pensais, demontes,
conquistar la eternidad?

No la lucha carnicera
en el torrente trabada
le estorba al sol su carrera;
ni mas la tierra perdiera
que alguna flor deshojada.

Vino la noche; y en ella,
sobre el celeste zafir,
brilló de Venus la estrella:
la luna pálida y bella
tornó cual siempre á lucir.

De tanta muerte y estrago
preguntadle al vencedor:
¿cuál ha sido el fruto aciago?
—De sangre española un lago
que contempla con dolor.

Mirad allí del valiente,
sobre la arena insepulto
el cadáver aun caliente,
que ya insensible consiente
de torpe mano el insulto.

¡Ay! que la diestra esforzada
que el duro hierro blandia,
por la cruda muerte helada,
se deja arrancar la espada
con que su honor defendia.

Y el ardiente corazón
de que acaso, el mundo entero
no saciára la ambicion;
es hora escasa racion
de algun buitre carnicero.

Grabado en letras de fuego
cuadro horrible, en la memoria

tu perturbas mi sosiego:
mas no me dejes, ó ciego,
volaré en pos de la gloria.

Que aun siento el pecho que late
al resonar del clarin:
aun al rumor del combate
quisiera tornarse el vato
en armado paladin.

Triunfó quien siempre triunfaba;
quien venció en Mendigorra,
quien al rebelde aterraba;
quien mas victorias contaba
que los años que tenia.

Término, al cabo piadosa
la noche puso al lidiar,
que á no venir presurosa,
la lid cesára horrorosa
por no haber á quien matar.

III.

LA SOMBRA.

Tal vez en medio del desierto crece
tronco escamoso de robusta palma;
sus verdes hojas el Siróco mece,
si rompe ardiente la angustiosa calma.

Sola en el golfo de abrasada arena,
disputa al sol el absoluto imperio;
y acaso oculta cristalina vena,
del agua haciendo el arenal misterio.

Asi en la falda de nevada cumbre,
vecina al campo de la lid sangrienta,
descanso ofrece y bienhechora lumbre
recinto angosto de ignorada venta.

Mas suele el tigre de la ardiente Zona
tras de la palma cauteloso oculo,
al que el desierto por su rey corona
hacer á salvo sanginario insulto.

Tambien la gente del rebelde bando
 manchó con sangre el miserable hospicio
 que donde quiera su furor nefando,
 levanta el ara al torpe sacrificio.

--«Venganza, al ver los sanguinosos muros
 --«venganza,» airados los guerreros claman:
 no dejemos abrigo á los perjuros,
 que al infante traidor viles aclaman.

--«Venganza!--Y anatema, pobre venta,
 te fulminó la suerte incesorable:
 venganza necesaria, mas cruenta:
 dura ley de la guerra, inevitable.

Cereana ya la luna al occidente,
 de negras nubes encubierto el cielo:
 corneja cruza el destemplado ambiente,
 al pardo techo encaminando el vuelo.

Llega; y las alas trémula batiendo,
 suelta la voz al canto de la muerte;
 y el triste son el eco repitiendo
 anuncia ¡oh ventar! tu menguada suerte.

Eterna como el valle te creía:
 obra del hombre: perecer es fuerza:
 la humilde gruta que burlaste un día
 vive, y no hay mano que sus muros tuerza.

Airado sopla el aquilon horrible;
 retumba el trueno en la region suprema;
 gigante sombra en ademan terrible
 se vió en la cumbre del Pirene estrema.

La roja boina en las pobladas cejas
 el fuego vela á los radiantes ojos:
 riendo escucha las humanas quejas,
 goza al mirar sus lívidos despojos.

Es él: Zumalacarregui: en la tumba
 oyó el estruendo del combate fiero;
 y al punto vuela dó el cañon retumba
 que, aun muerto, anhela sangre el carnicero.

Entre los copos de la blanca nieve,
 cual sobre el rubio trigo la amapola
 la flor bermeja solitaria mueve,
 la roja boina se divisa sola.

Y una mano la venta señalaba;
 y risa horrible repitió el infierno:
 así el querub precito se gozaba,
 cuando el diluvio decretó el Eterno.

IV.

LA MADRE.

Al pié de menguado lecho,
 en una estancia mezquina
 que escasa luz ilumina,
 el rostro en llanto deshecho,
 y oprimiendo contra el pecho
 á un niño ya moribundo;
 sumida en dolor profundo
 una muger, en la venta
 te olvida, guerra cruenta:
 solo al hijo vé en el mundo.

Sonó el cañon todo un día,
 y retronó el firmamento:
 la madre al débil lamento
 del hijo, solo atendia.
 Casi cercada se via
 por el fuego abrasador,
 y por él, en su dolor
 implora al eterno padre;
 como el amor de una madre
 en la tierra no hay amor.

Rompe la llama los muros
 desquiciando la techumbre;
 y su roja, incierta lumbre
 brilla en los valles oscuros
 como lucen los impuros
 antros del horrible averno,
 resplandor del fuego eterno,
 cuando en su furia demente

agita el negro tridente
el monarca del infierno.

Las vigas crugén ardiendo;
ya la venta es un escombros:
un grito lanzan de asombro
los que la están destruyendo,
inmóvil la madre viendo
que al hijo tan solo atenta
en sus rodillas le sienta,
le acaricia con amor;
y ruega humilde al dolor
que alguna tregua consienta.

En las llamas pereciera
á no salvarla un soldado;
que al valiente no le es dado
tener entrañas de fiera.
Mas luego que ardiendo viera
el hogar en que nació;
el techo que cobijó
á su padre y á su esposo:
un grito dando horroroso,
asi airada prorrumpió;

«Maldigo, guerra civil,
al que sañudo te enciende:
al que asi reinar pretende
le maldigo veces mil.»

«Maldita la guerra:
perdí mis rebaños;
murió en tiernos años
mi esposo gentil;

Y el pan de amargura
que riegan mis ojos,
sazona de enojos
ponzoña sutil.
Maldigo &c.

No quiero que vivas,
pedazo del alma,
si plácida calma
no goza tu abril:

Desciende á la tumba

que al menos en ella
no manda tu estrella
poner un fusil.

Maldigo &c.

Mas vive: que lejos
del suelo de horrores,
tal vez, halle flores
tu edad infantil.

Espera tu, en tanto
que yo al hado impio
maldigo, hijo mio,
con rabia febril.

Maldigo, guerra civil,
al que sañudo te enciende;
al que asi reinar pretende
le maldigo veces mil.

Dijo; y trepando la vecina cumbre
huyó veloz de la fatal hoguera
que con incierta, pálida vislumbre
la sombra dejó ver sañuda y fiera.
Mas al cesar la destructora lumbre
el monte la infelice traspusiera:
volvió á reinar la noche tenebrosa
y el espectro á gemir bajo la losa.

PATRICIO ESCOSURA.

TEATRO DE LA CRUZ,

REY VALIENTE Y JUSTICIERO Ó EL RICO
HOMBRE DE ALCALA.—EL CARDENAL Y
EL JUDIO, *traducción del francés.*

Quando vemos desenterrar una comedia de nuestro antiguo teatro no podemos menos de agradecer tal esfuerzo á la empresa que lo ejecuta. Es una opinion tan vulgar y tan irreflexivamente admitida que las obras de los grandes

ingenios del siglo XVII no pueden presentarse con aceptación en la moderna escena, que hay cierto valor en chocar contra un sentimiento general. Sin embargo dos veces hemos visto este ensayo, y dos veces ha sido favorable en nuestro entender. El Príncipe dió hace algun tiempo la comedia de Calderon intitulada *á secreto agravio secreta venganza*, y no solo estuvo lleno el teatro, sino que el público comprendia y aplaudia con excelente instinto lo que era, entre tanto digno, lo mas digno de celebrarse. Recientemente ha puesto en escena la Cruz el *Rico hombre de Alcalá* y los espectadores han aplaudido una de las mejores producciones del teatro español. Sinceramente creemos que la afición á las comedias antiguas puede renacer, á poco que en vez de malos dramas traducidos, veamos representarse las piezas de nuestros grandes y casi olvidados ingenios.

Inútil es encomiar el valor del *Rico hombre de Alcalá*. Tal vez es la mas conocida y apreciada entre todas las comedias de su autor. Sin la fecundidad maravillosa de Calderon y de Lope, ostenta Moreto en sus magníficas imitaciones mas regularidad, mas sencillez, mas tino escénico que ninguno de sus predecesores y contemporáneos. Su intriga es menos complicada, mas naturales sus desenlaces, menos recargado el estilo. Ninguno ha hecho estudio mas concienzudo del difícil arte de la composición dramática, ni ha tenido mas gusto en su fuerza cómica y en la creación de las situaciones. Su comedia *Rey valiente y justiciero* es una imitación del *Infanzon de Illescas* de Lope de Vega, y á pesar de todo la copia ha subsistido mientras yace olvidado el orijinal. Natural es que haya sucedido así. La producción de Moreto puede ponerse en parangon con las obras maestras de Calderon de la Barca, sin temor de ser eclipsada por ellas. Entre los grandes poetas que han presentado en el teatro el carácter tan dramático como

difícil del rey don Pedro, ninguno ha sabido comprenderlo mejor, dibujarlo con tanta claridad y pureza, pintarlo con tan sorprendente colorido. Aquella mezcla de encontradas pasiones, el amor á la justicia llevado hasta la crueldad, los instintos mas fieros, animando aquel alma de desordenada enerjía, todos esos toques valientes y profundos iluminan la historia en vez de alterarla: puede sin temor decirse que son mas verdaderos que ella. Los detalles mas insignificantes de su papel están inspirados por una idea grande, pero única y profunda. En el drama de Moreto empieza por decirlo así la aurora de aquel rey. Toda su vida, su porvenir, su muerte aparecen ya en aquel carácter sin freno que conmueve la mas ligera contradicción, que une el amor y la cortesía con la ambición mas despótica, capaz de la generosidad mas noble, y de la venganza mas cruel. La escena magnífica en casa de D. Tello, cuando con nombre supuesto, oye de boca del magnate, sus pretensiones y su orgullo, cuando, conteniendo su cólera, escucha insultos contra su dignidad y su persona, tiene una profundidad á que han alcanzado pocos autores. Las cabezadas del Rico-hombre despues del violento discurso de D. Pedro son una pintura completa y salvage de las costumbres rudas de la época: pero lo que acaba de poner en relieve el carácter del rey es aquella escena de recuerdos terribles; el sacerdote que se le aparece para conmover su imaginacion con terrores supersticiosos es un instrumento poderoso de accion en manos del poeta: en el alma orgullosa de D. Pedro no cabe el remordimiento que atormenta á los culpables; es otro sentimiento el que le produce su crimen.—Y si se considera con atencion al Rico hombre, ¡cuánta verdad hay en un personage que es el tipo de la tiranía feudal de Castilla! no la tiranía de los señores del Norte activa, rapaz, inquieta, batallando por mezquinas querellas y estériles preten-

siones, sino el feudalismo español, bullicioso en las guerras civiles ó al levantar su estandarte contra los moros, pero descansando entre tanto en sus castillos ó en sus ciudades, lleno de orgullo y de altas pasiones, participando en gran manera de la inmovilidad oriental. D. Tello ni aun se digna conocer á su rey: no va á buscarle, ni á combatirle ni á obedecerle: poco le importa su poder: tranquilo en la villa de Alcalá, se contenta con la soberanía de hecho que ejerce sobre sus vasallos, sin pedir sus títulos de dominio al rey don Pedro, y sin temer que ose nadie demandarle los suyos.—Y si se atiende al cuadro general del drama, las costumbres de la época estan representadas con admirable verdad: hay ese color local que tanto se echa de menos en ciertas composiciones modernas, ese estudio de los accesorios que completa en nuestra imaginacion una pintura.

Siempre que asistimos á la representacion de una comedia antigua, nos preguntamos, como á falta de un género tan nacional y mas moderno, no dominan casi esclusivamente en la escena española. Francamente lo confesamos: no nos convencen las razones de arte que se esponen con sobrada frecuencia: ciertos defectos accidentales, aun cuando lo sean, se confunden en el maravilloso efecto de la composicion. Mas bien creemos que la falta de actores especiales, pues actores especiales se necesitan, contribuye en mucho á desvirtuar el interés que en otro caso producirian. Acostumbrados á representar comedias de costumbres, originales ó traducidas, caudevilles en español, cuyo lenguaje llano requiere naturalidad, nuestros artistas no pueden adquirir de repente el tono declamatorio, la cortesía caballeresca, las maneras algo afectadas que harian resaltar los personajes de las antiguas comedias. Solo algunos actores con disposicion especial son oidos con gusto en la declamacion de los versos del siglo XVII, y entre ellos, uno de los

que mejor saben comprenderlos y decirlos es el Sr. Mate que representaba en la comedia de Moreto al rey Don Pedro de Castilla. Conocemos pocos artistas que profesen un amor tan profundo y constante á su difícil carrera; que hayan hecho un estudio tan detenido é inteligente de su arte; que posean tantos conocimientos en el arreglo de un drama y en los accesorios de su exornacion. Sin pensar ni calcular otra cosa mas que retratar fielmente el papel de que se encarga, siempre vestido con la mayor propiedad y gusto, con gran copia de sentimiento y recursos superiores, el Sr. Mate es uno de los actores que honran la escena de España.—Perfectamente estudiado y comprendido el papel del rey D. Pedro, no tuvo un momento de flaqueza ó de olvido en la representacion; y al acabar el violento apóstrofe de las cabezadas, al concluir sus magníficas quintillas, el público aplaudió repetidas veces al inteligente actor.

Como para formar contraste con la comedia de Moreto, ha dado el mismo teatro un drama, traducido del francés, intitulado *el Cardenal y el Judío*. Mas que traduccion es un arreglo. Es el librito de Scribe para la ópera *la Juive* convertido en un drama en cinco actos. Las óperas no se distinguen generalmente por sus argumentos, que se doblegan siempre á las exigencias musicales, y en esta ni aun la música prevalecia: las decoraciones, la pompa de la representacion eran el móvil de su popularidad. Magníficos vestidos y jaeces y caballos, procesiones de príncipes, cardenales y obispos cargados de oro atraían los espectadores en Paris. El traductor ha tenido que luchar por tanto con serias dificultades, con dificultades invencibles á nuestro entender. En vez de un drama regular ha salido un monstruo á la escena. No hay interés alguno en tantas posiciones violentas, ni los caracteres llaman la atencion. Repugnan por el contrario ciertas situa-

ciones que no pueden comprenderse ni explicarse: prender al principe Leopoldo, cargado con recientes laureles alcanzados en guerras de religion, solo porque una judía á golpe y carrera lo delata, es absurdo: arrodillarse una princesa del imperio ante una hija del pueblo maldito para que salve á su esposo, ofende al sentido comun en una escena que no está bastante bien caracterizada: y ¿qué diremos del cardenal-legado humillado á los pies del miserable y pérfido judío, arrastrando por el suelo la púrpura eclesiástica, solo porque le anuncia sin preparacion Eleazar que tiene una hija suya en su poder, arrancada de su palacio en el saquéo é incendio de Roma?

El drama, pues, aun con los esfuerzos y trabajo del traductor que ha tenido que ampliar el texto y dar mas ensanche á los caracteres, ha causado mal efecto en el público á pesar de su buena ejecucion. El pueblo bajo que acompañaba al cadalso de la judía estaba ensayado perfectamente. Hizo muy bien su papel la señora Lamadrid, y Latorre luchó con toda su fuerza y admirable inteligencia con las dificultades del suyo. El Señor Aranda se ha estrenado con tres buenas decoraciones. La primera figura la plaza y la catedral de Constanza y es la mejor tocada y la que causa mejor efecto. Aparece en la segunda un jardín de muy bella disposicion cuyos colores á nuestro entender están un poco cargados, excepto el cielo que tiene una vaguedad y transparencia admirables. En la tercera se vé la ciudad algo mas cerca de lo que debiera, pero esa culpa no es del pintor: proviene de la falta de espacio, de la estrechez del local. Creémos que el señor Aranda ha hecho un ensayo brillante de sus disposiciones y que con su facilidad y tino en la ejecucion, con su inteligencia y arreglo de los efectos, llegará á ser un excelente pintor de decoraciones teatrales.

Pocas veces se ha puesto un drama en escena con mas lujo. Los trajes eran apro-

piados á la época y de bastante variedad, los adornos de buen gusto y sin economía. Los teatros van adquiriendo vida y deseamos sinceramente que en otras producciones de mas efecto que *El Cardenal y el judío* haya la misma inteligencia en los ensayos y el mismo aparato que se ha notado en su representacion.

LUCULO.

ALBUM.

El dia 3 del corriente era el señalado para la solemne sesion de la Academia francesa que debia recibir en su seno, como uno de sus miembros, al célebre Victor Hugo. Numerosa y escogida fué la concurrencia que acudió á presenciar el acto. Muchas personas de la alta sociedad habian diferido con este objeto su marcha á las casas de campo, á pesar del hermoso tiempo que convida á disfrutar de sus placeres. Veianse en la asamblea al lado del vizconde de Lonnay, al sábio baron de Humboldt, recién llegado de Berlin: al lado del conde Molé al vizconde Chateaubriand; al lado de Dupin mayor á los señores Etienne, Thiers, Dupaty, Villemain, Guizot, etc. en una palabra allí estaban todas las glorias y grandes talentos de Francia, con todas sus rivalidades políticas, pero unidas y sosegadas en el pacífico santuario de las letras.—Asistian ademas á la sesion el duque de Orleans y su esposa, la princesa Clementina y la duquesa de Nemours.—A las dos de la tarde, M. Lebrun, presidente y director de la Academia, abrió la sesion y dió la palabra á M. Victor Hugo, quien pronunció un larguísimo y brillante discurso en el cual desplegó gran caudal de erudicion, ha-

ciendo la apología de la escuela literaria de que puede llamarse caudillo y fundador.—Contestóle en otro discurso no menos notable M. de Salvandy, quien trató de defender las buenas doctrinas que la Academia ha prohijado.—El presidente terminó la sesión con un discurso breve pero elocuente que mereció aplausos de la escogida sociedad que asistía á tan notable sesión.

Acabadas las representaciones del *Honor Español*, atrae gente al teatro del Príncipe la *Berlina del emigrado*. Este drama de gran espectáculo tiene cierto interés por las situaciones. D. Antonio Guzman ha hecho el papel de Aquiles con la gracia y gusto con que acostumbra á representarlos todos.

Muy pronto vá á ejecutarse en el teatro de la Cruz, á beneficio de doña Joaquina Lombía, la ópera en tres actos y en español, titulada el *Contrabandista*. El libretto es de un poeta dramático ventajosamente conocido y la música del maestro D. Basilio Basili.

Representada en el Liceo fué aplaudida como era de esperar, pero la concurrencia fue escasa, tal vez á causa de lo subido del precio. Ahora nos alegramos que se ejecute en un teatro público y no dudamos de su éxito. La ópera española está por crear; el señor Basili, es el primero que rompe la valla con una música especial, conservando en su esencia el gusto de los aires nacionales. Esperamos que el ejemplo del señor Basili será seguido por otros compositores.

A beneficio de la señora Rosina Mazarelli se está ensayando la ópera titulada *Lucrecia Borgia*.

XERJES, rey de Persia, sucedió á su padre Darío por los años 2514, y quiso llevar á cabo la temeraria idea de hacerse señor del mundo; hizo alianza con los cartajineses y otros pueblos,

y formó un ejército que algunos historiadores han hecho subir al número de 2.641,000 combatientes, sin contar los eunucos, mujeres, criados, vivanderos y esclavos: la escuadra 300 naves de combate, y 3000 de transporte. Su tío Artabazo desaprobaba el proyecto y le indicó el presentimiento de mal éxito, y Xerjes le preguntó al presentarle un estado de sus tropas, ¿dudas todavía de la victoria? Mi temor, contestó Artabazo, se funda en que no hay país que pueda mantener ejército tan numeroso; ni en la mar puertos capaces de recibir tantas naves. Este soberbio rey hizo cabar el monte Atos.

Dirigiéndose Xerjes contra los Lacedemonios, se le opuso al encuentro ó paso de las Termópilas el rey Leonidas, á quien advirtieron que era el ejército de Xerjes tan numeroso que disparando cada soldado una flecha oscurecería el sol.—*Tanto mejor*, respondió Leonidas, *así pelearemos á la sombra*.—Aquel valiente y sus pocos soldados pecieron hasta el último, y la Grecia levantó en aquel sitio un sepulcro cuyo epitafio era.—*Pasajero, vé á decir á Lacedemonia que hemos dado aquí el último aliento por obedecer á las justas leyes de la patria*.

Habia mandado construir Xerjes un puente de barcas sobre el Helesponto para pasar sus tropas de Asia á Europa; pero una terrible tempestad lo rompió, y aquel monarca se encolerizó tanto que dispuso echar en castigo una cadena para aprisionar al mar; y cortar las cabezas á los directores de la obra, que ninguna culpa tenían de un accidente que no pendía del humano poder.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.